

Nota preliminar de "La crisis de la arquitectura española"

Antonio
Fernández
Alba

En la arquitectura de la España de posguerra las corrientes de la cultura arquitectónica contemporánea han encontrado un recelo muy marcado por el binomio historia-tradición. Entendemos que este núcleo fue tan significativo en los períodos anteriores (república, dictadura o monarquía) y las tentativas de las minorías por romper estos supuestos han sufrido los desaires más elocuentes, porque han existido en la proyección de la arquitectura contemporánea española una intención tal vez inconsciente de "negar la historia como desarrollo, para asumirla como espectral fenomenología formal". Basta observar, como ejemplo, el uso que llegó a hacerse del primer racionalismo español, desde su aparición hacia 1927 y su consolidación con el GATEPAC* posteriormente; cómo tuvo que enfrentarse con un vacío socio-cultural, pues los principios históricos del Movimiento Moderno en su expresión racionalista sustentaban, por un lado, unas propuestas socioeconómicas difíciles de hacer realidad en el medio español —máxime cuando ya estas propuestas entraban en crisis en los medios internacionales— y, por otro, eran requeridas por una minoría, más como una necesidad de vanguardia socioestética que conceptual.

El medio cultural de nuestro país, estático y conservador, es lógico que haya producido unos ejemplos de escasa imaginación espacial. La falta de contacto con la realidad y los niveles mínimos de cultura en los que se mueve el arquitecto lo privan de poder utilizar la realidad como medio donde desarrollar el tono vital de su motivación profesional.

Así no es de extrañar la revisión de la tradición racionalista realizada en la posguerra, donde solo un vocabulario neorracionalista ha tenido aceptación en sus aspectos más emblemáticos, no en sus principios transformadores.

La corriente "naturalista-orgánica" sería objeto, siempre dentro de los códigos de estas minorías, de una mitificación por parte de los arquitectos que habían iniciado su obra en las fuentes más claras del racionalismo y por algunos más jóvenes que encontraban en los postulados orgánicos una acción más democrática de la arquitectura.

Frank Lloyd Wright y Alvar Aalto obtendrían, aunque en forma esporádica, el favor que habían detentado en el segundo racionalismo Le Corbusier y Mies van der Rohe. La imagen arquitectónica que podían ofrecer las tendencias orgánicas carecía del mínimo apoyo en una burguesía media en ascenso y con una necesidad de exhibición de su nuevo status, más con formas periclitadas y aún no asimiladas que con la aceptación de unos espacios nacidos en estructuras sociales más conformadas.

Esta corriente degeneraría más tarde, en algunos de estos arquitectos, en propuestas expresionistas con un fuerte componente naturalista, en el deseo de formular imágenes diferentes y más sugerentes desde el campo visual, pero requeridos por unos clientes con un cometido común: la especulación con la venta del espacio. Cabría reseñar en una etapa posterior, y como un apartado que ha nutrido du-

El GATEPAC (Grupo de Artistas y Técnicos Españoles para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea) se fundó, con carácter nacional, en 1930, como cristalización de los intentos renovadores de los años anteriores, acordes con los postulados del Movimiento Moderno. El grupo representó, dentro del panorama español, la ortodoxia de la arquitectura racionalista y mantuvo las relaciones con los movimientos europeos, participando en las reuniones del CIAM. Su importancia fue general en el país, aunque sus mayores realizaciones se centraron en Cataluña. (N. del E.)

rante algún tiempo fundadas esperanzas en algunos arquitectos españoles, un acercamiento a una "espontaneidad populista", trabajos arquitectónicos que trataban de reseñar los valores formales de contenido popular, frente a los postulados del estilo internacional, en un intento de reivindicar contenido y forma desde la escala artesanal, donde aún desarrolla su trabajo el arquitecto. Estas minorías protagonizan las imágenes más progresivas de la arquitectura española contemporánea.

La ideología de la mercancía suscitada en los últimos años (1963-1968) abriría nuevos campos de visión. Las interacciones entre crítica y proyecto, las relaciones entre arquitectura y sociedad, pedagogía y actividad profesional, conciencia moral y científica, posibilidad y necesidad de la investigación, aproximaciones científicas de la arquitectura, dialéctica del hecho arquitectónico... han sido apartados positivos que tienden a esclarecer la conciencia de la crisis cultural y a introducir como parámetros válidos las nuevas corrientes sociológicas. Valoraciones que por el momento recogen más una actitud crítica que operativa, y que en el plano de la expresión arquitectónica se enfrentan con una inercia formal de propuestas ya asimiladas, que han consolidado un nuevo academicismo de lo "moderno", aceptando como válido un lenguaje de escaso contenido arquitectónico y una alta dosis de connotación emblemática, situación esta que inmoviliza los recursos hacia una seria investigación coherente.

La actitud sociocultural de los promotores de estas inversiones no ofrece otras alternativas que aquellas que requiere la estrategia del consumo. La experiencia mercantilista reconstruye el dominio de las riquezas del mismo modo que el de las representaciones. De una representación arquitectónica a otra, no hay una opción de nuevos usos, sino simplemente una indefinida posibilidad de nuevas inversiones. La crítica básica que debería formularse en los centros de enseñanza de los significativos valores de uso frente a los valores-cambio está marginada, y los profesionales recién titulados ofrecen un frente demasiado débil a la **competencia tecnocrática** de los jóvenes ejecutivos, mejor preparados y adiestrados.

El revisionismo arquitectónico formulado en el área de la cultura arquitectónica internacional, registrado como un eclecticismo ambiguo y complejo, se reproduce dentro del panorama formal del país con las reservas en que toda generalización puede incurrir. Los nuevos esquemas de la cultura tecnológica ofrecen una serie de analogías formales que son trasladadas al plano de la operatividad constructiva, sin que exista una adecuación programada en los medios de producción uso y consumo. Este revisionismo arquitectónico se abre paso en una nueva vertiente retórico-ideológica que promueve una serie de versiones arquitectónicas que van desde las arquitecturas cultas, escolares y enciclopédicas, a las arquitecturas de detalle, emotivas, intrascendentes y eufóricas. No resulta demasiado difícil encontrar determinados profesionales del oportunismo que, en una nueva sublimación del arquitecto, tratan de encontrar la solución desde la arquitectura a los complejos problemas de la planificación urbana con juegos formales indolentes, que restablecen una vez más los valores simbólicos de la forma y su secuela de pleonasmos críticos entre arquitectura-signo y arquitectura-mercancía.

La ausencia de una educación básica arquitectónica en las escuelas, que diferencia la titulación profesional del cono-

cimiento arquitectónico, sigue favoreciendo un autodidacismo sin control, que en una sociedad pretecnológica no tiene vigencia ni demanda social. La arquitectura en nuestro país no deja de ser un espejismo de una minoría de profesionales que intenta suscitar desde sus plataformas individuales una visión de conjunto que no existe, porque la arquitectura en la sociedad contemporánea aun no tiene razón de ser. Existen edificios, realidades parciales de lo que la arquitectura debe ser, pero el hecho arquitectónico no está configurado como demanda real de una sociedad para el habitar del hombre.

Esta breve crónica de los aspectos más generales de la arquitectura española de posguerra evidencia la ausencia de un marco de referencia cultural bastante elocuente y casi nos atreveríamos a calificar de dramático. Cualquier traslación analógica puede resultar tendenciosa, pero por los ejemplos más significativos de la arquitectura realizada en períodos anteriores, parece sustentada, aun siendo tan minoritaria, por un sustrato cultural más elocuente. República, monarquía y dictadura formalizaron algunos ejemplos de coherencia arquitectónica de indudable cualidad; los productos arquitectónicos de la posguerra han marginado esta actualidad, afrontando en algunas ocasiones problemas de cantidad, y la imagen pública de la arquitectura aparece reducida y maltrecha; el proyecto público se nos manifiesta sin cualidad alguna. A las minorías de arquitectos liberales se les asignó el papel de la vanguardia, siempre que esta vanguardia no saliera de los cánones evasivos con que se adornan los proyectos, cuanto más utópicos más significativos, para representar el papel de arquitecturas para la evasión.

